

ME ODIO

Un relato de David PASCUAL COELLO



L es voy a contar mi historia: espero que no me culpen por ella. No es precisamente una historia cualquiera, porque siento que la llevo toda encima ahora mismo y que me está pesando tanto ahora que tengo que contársela a alguien, aunque sea a esta hoja blanca. ¿Por qué? Supongo que porque cuando bebes demasiado, el cuerpo mismo te hace vomitar lo que te está haciendo daño, pero con las cosas del alma no pasa lo mismo y la única forma de deshacerse de ellas, aunque sea por un momento, es contárselas a alguien. Mi pena ahora es que no tengo a quien contársela, que no espero recibir abrazos ni consuelo de nadie, ni tengo a nadie que me seque las lágrimas o que me las saque fuera, que lo siento todo frío alrededor y que yo mismo me siento tan frío que no me queda más que el miserable consuelo de vomitar sobre esta hoja mi historia. Espero que si alguien lee esto algún día, sienta algo de compasión: se lo agradeceré desde la tumba. Amén.

No sé por dónde empezar, así que empezaré por donde sea, que tampoco me voy a poner a ver de dónde me vienen las arcadas ni en qué orden voy a ir sacando las bilis de diferentes colores que me están matando. Supongo que lo primero será explicar cómo es esto (o cómo puede ser) de que me odie a mí mismo. Tampoco es que yo lo entienda, pero a lo mejor, si me pongo, consigo sacar algo. El caso es que yo me odio, me odio a mí mismo con toda la saña y toda la fuerza de la que soy capaz: esto es más o menos un hecho que me está despedazando. Pero para mí eso es algo tan real como incomprensible y me pregunto todo el tiempo cómo me puede suceder, porque entiendo que aquí hay un lío lógico difícil de desenredar y que quizás hacerlo me cueste la vida y el alma al mismo tiempo. Creo que la mejor manera de hacerlo ver sea preguntándome, como me pregunto: "¿quién se odia?". No es nada fácil decidirlo, porque el que odia soy yo, eso está claro; pero si pregunto: "¿a quién odian?". La respuesta es que me odian a mí, que yo me odio a mí. Pero no entiendo cómo puede ser eso, porque entonces el que odia y a quien odia ¿son el mismo?, ¿soy yo los dos? Pero, ¿ven?, ya he dicho 'dos' y 'mismo'. Y lo peor es que ninguna respuesta me da una salida, ni un poco de calma ni certeza, porque si digo que son dos, tengo que admitir que los dos son el mismo (o sea: yo), pero si digo que son el mismo (o sea: yo) ya con eso estoy diciendo que son dos, porque nadie va a dudar de que hay algo que se repite. Y si eso fuera lo peor, quizá no sería tan malo, pero es que pasa una tercera cosa, y es que el que se está muriendo por ello soy yo, que les estoy escribiendo esto ahora mismo en carne y hueso, y que no soy ni el uno ni el otro ni los dos al mismo tiempo. ¿Tengo que explicarlo más o se entiende? Creo que sí, pero por si acaso (tengo tiempo aún) se me ocurre decirles que si yo soy el que odia, ya no puedo ser el otro, el odiado; y que soy el odiado no puedo ser el que odia; y que si quiero ser el uno y el otro a la vez ya tengo que ser un tercero, ¿entienden?: un tercer 'yo' que no es ni uno ni otro, pero que

Me odio a mí mismo con toda la saña y toda la fuerza de la que soy capaz.

es el que sufre y padece en su vida real lo que a esos otros dos (que son yo mismo) les pasa.

Pero, ¿ven?, ya me siento solo otra vez, profundamente solo en mi trinidad, y todo porque me entran dudas de si alguien va a enterder algo de lo que estoy diciendo o de si yo mismo lo entiendo, que creo que tampoco. Pero no me importa, ya a estas alturas de mi desesperación no me voy a poner a pensarlo; no me importa, sólo quiero ver si con esto expulso algo de la contradicción o contradicciones que me hacen la vida amarga y tan amarga que no me la dejan vivir ni un poco; no me importa que a lo mejor no consiga nada. ¡Mierda, sí que me importa, pero voy a seguir: no me queda más!

Mi historia, sí, eso es lo que iba a contarles, aunque ya les he dicho que no puedo decir que sea una historia como la de los libros, porque ésa no duele y ésta a mí me está doliendo por los cuatro costados y me está haciendo reventar por dentro. Y es que lo primero es que lo que a mí más me duele es tener una historia, ¿entienden? Lo que ha mí me ha pasado no es nada especial, ni digno de que se lo cuente ni de pasar a ningunos anales, no tengo en mi vida grandes desgracias ni desastres demasiado espectaculares que contarles. Tengo más o menos una historia como la de cualquiera, como la que tiene cualquiera de ustedes y no creo que tenga motivos para sentirme especialmente desgraciado (hasta admito que hay otros con muchos más motivos que yo para eso), pero no sé por qué motivo a mí me

pesa tanto que ni puedo librarme de ella ni consolarme con otras cosas o con otros males, como veo que hacen los demás. Yo me odio a mí mismo: ésa es mi historia. Espero poderse lo explicar, aunque ya me están flaqueando las fuerzas otra vez en esta noche, pero trataré de

hacer un esfuerzo, porque supongo que a estas alturas me va la vida en ello. Quedan ya avisados de que no voy a entrar en detalles personales, que creo que carecen de importancia.

Yo no me gusto: no mi gusta mi historia. No me gusta lo que me ha pasado en los años que llevo en este mundo, ni me gusta cómo soy. Me muero, ¿saben?, por haber tenido otra historia, porque me hubieran pasado otras cosas que no me han pasado, ni ya me pueden pasar, porque lo que yo quería, ¿saben?, es que mi vida hubiera sido otra, que hubiera sido de otra manera, pero a la vez entiendo que eso ya ha pasado y que lo pasado, pasado, y que ya no se puede hacer nada, que está como si dijéramos 'muerto', así que estoy condenado a vivir conmigo mismo todo el resto que me quede de vida, condenado a vivir con esto que soy y que odio con toda mi alma todo el resto de mis días, y esa idea se me hace tan insoponible y tan insoponible y cada vez más, que me ha llevado al borde del abismo. Creo que entienden a qué me refiero sin necesidad de ser más explícito: cuando alguien odia a alguien con toda su alma y con todas sus fuerzas está claro lo que quiere hacer con él.

Espero haberlo sabido explicar, pero por si acaso, voy a repetirlo: no me

gusta mi vida, la vida que he tenido hasta ahora, ni me gusta yo tampoco, que soy el resultado de eso y el que la vive, y quiero borrar todo eso, quiero olvidarlo todo, porque siendo quien soy estoy seguro de que no puedo vivir, así que todo el resto de mis días se me presenta como un inmenso calvario por donde tengo que ir pasando, día a día, hora a hora, mes a mes, año a año, minuto a minuto, hasta que al final del camino me den la puntilla. Quiero acabar ya con esto, no quiero seguir esperando, porque esta idea me atormenta y me destroza por dentro y he llegado a tal punto que ya ni siquiera soy capaz del más mínimo disimulo, que ya ni siquiera tengo un minuto al día en que me olvide de todo eso y pueda disfrutar de algo bueno.

No sé si habré conseguido explicarlo, pero no voy a enredarlo más todavía: espero que alguien entienda algo de eso. No voy a ceder a la tentación de dejarlo y soltar el boli y acabar. Tengo antes que acabar esto, si puedo, porque, si no, creo que tampoco voy a poder descansar bien en la tumba o donde me pongan después. Ya saben: todo estaría claro para mí si no fuera por ese pequeño lío lógico del que les he hablado al principio. Seguro que eso les parece una chorrada, porque puestos a matarse, para qué andarse con menudencias, pero para mí no lo es y no me pidan que se lo explique, porque tampoco lo entiendo, y también me da igual que algunos de ustedes me llamen cobarde: eso no es nada comparado con lo que me llamo yo a mí mismo todos los días. Pero se lo explico en un momento y ya termino, y que les den por culo si no lo entienden, que me importa una mierda.

Bueno, el problema es que no sé, en el caso de matarme, qué pasaría con lo que les he hablado al principio: ¿quién mataría?, ¿quién moriría?, ¿quién odia a quién? No entiendo por qué me pasa y por eso no soy capaz de dar el último paso para ejecutarme: hay en ello un misterio que me hiela la mano y me hace dudar. Porque ¿qué culpa tengo yo de haber tenido esta historia que he tenido? ¿Y si resulta que voy a matar a un inocente? Y entonces me surge la duda de si no podría perdonarme, perdonarme de veras y dejarme vivir: salvarme la vida. ¿Entienden lo que les digo? ¿Alguien me está entendiendo? Perdonarme..., en eso es en lo que pienso, y cada vez que pienso en ello, lo crean o no, les juro que se me saltan las lágrimas y lloro como un niño, como ahora mismo, que apenas veo lo que escribo, y siento una ternura inmensa conmigo mismo y hasta ha habido veces que me he pedido perdón llorando, por estúpido que les parezca. Ya sé que

hay muchos que no se detienen en esto y que lo hacen y se acabó, pero está visto que yo no puedo. Así que esta es la historia de mi vida, queridos lectores (creo que ya puedo llamarles así, a estas alturas): ni me gusta, ni soy capaz de acabar con ella del todo y de una vez por todas, así que vuelvo cada vez al mismo martirio, sencillamente porque la idea de perdonarme y dejarme vivir, no me parece imposible del todo y pienso que hasta con algo de paciencia pudiera ir aprendiendo a hacerlo: a ir perdonándome y odiándome un poco menos y hasta algún día, ¿quién sabe?, pudiera olvidarme de todo lo que a todas horas me echo en cara y pudiera dejar que se fuera borrando y perdiéndose en lo sin fin, y en lo hermoso que sería ir perdiendo este lastre inmenso que me aplasta día y noche, esta culpa insoportable que me está matando, que me culpo día y noche de lo que me ha pasado y culpo a mis padres y todos los que se me ponen alrededor y todo se me vuelve una maraña de odio hacia mí mismo y hacia los otros y hacia todo lo que me rodea, que me da un asco y me doy un asco que no lo puedo soportar.

Bueno, ya saben, no voy a empezar otra vez. Es eso al fin y al cabo: que siento que me queda algo de lo que no es eso, una semillita de amor y de perdón que no se ha pudrido entre el estiércol y que a lo mejor, si la dejas, puede germinarme dentro y... ¿quién sabe?, ¿quién sabe si a lo mejor, como un granito de mostaza...? Total, lo que sí que es verdad es que, para matarse, siempre hay tiempo.

Atentamente,
NO SE LEÍA BIEN EL NOMBRE.

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Un relato de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

Al ir aumentando la temperatura, pequeños huequecitos encharcados se fueron abriendo entre la placa helada. No eran más que la marca de un dedo o la huella de un pequeño pie, pero poco a poco se fueron ensanchando, resquebrajando lo que antes pareciera una roca inalterable. Al cabo de dos semanas, ya eran grandes charcos y afiladas grietas.

Sutiles cambios climáticos estaban favoreciendo la desaparición del bloque helado. Según el hielo se derretía, el agua comenzaba a deslizarse abriendo canales y boquetes y, con ello, erosionando y destruyendo el bloque. Era un proceso imparabile que avanzaba en progresión geométrica.

No pasó mucho tiempo sin que las grietas fuesen desfiladeros y, los charcos, caudalosos ríos que resquebrajaban todo a su paso. Enormes masas de agua arrastraban a su paso toneladas de materiales arrancados de su quietud milenaria.

Algunos kilómetros más al sur, donde el clima era todavía más cálido, la corriente se detenía y abandonaba allí los enormes fragmentos de hielo y roca. Grandes cantos de piedra desgastados y pulidos por una fuerza irracional y obsesiva se amontonaban juntos, organizando figuras de una belleza apocalíptica. Entre el maremagno, como un transatlántico en el desierto, se alzaba algún enorme iceberg, recuerdo del glaciar ahora ya inexistente.

El cuerpo de la rana, otrora criogenizado a varias decenas de metros de profundidad, se hallaba abandonado entre los restos gigantes de la piedra demolida. Sus extremidades cubiertas de escarcha fueron calentándose lenta pero ineludiblemente bajo el sol. Y así, con el calor rejuvenecedor, el milagro pudo comenzar a suceder, y el metabolismo prácticamente detenido durante siglos pudo volver a ponerse en funcionamiento. No había daños en los vasos sanguíneos ni en los órganos principales. Maravilla de la selección natural que había impedido la cristalización de las células, evitando su ruptura. Otras ranas como ella estarían, tal vez, despertando lentamente en otros lugares.

Algunas horas más tarde la rana pudo empezar a moverse, primero con torpeza, luego con mayor soltura. Lo que más necesitaba —agua— era fácil de encontrar.

Todo era un lodazal entre los cantos gigantes. La rana se dejó llevar por las cada vez más flojas corrientes hasta llegar a una sucia poza formada entre los restos del deshielo. En sus aguas pudo encontrar algún mínimo resto comestible —su segunda necesidad importante—, pero ninguna compañera. De hecho, ningún vertebrado parecía habitar en aquel lugar devastado.

Allí moró durante varias semanas y, mientras tanto, para empeorar las cosas, la temperatura siguió aumentando. El agua se evaporaba irremediablemente y, al fin, sin más deshielo, el lodazal se fue secando, la tierra resquebrajándose entre las rocas rodadas; y la rana se vio aislada en aquella charca cada vez más reducida. Todo parecía indicar que había vuelto a la vida por un tiempo muy breve.

Demasiado hambriento para aventurarse y aún confuso por la descongelación y el viaje, el batracio siguió nadando en círculos cada vez más pequeños hasta que, finalmente, algunos días más tarde, la charca fue sólo una mancha negruzca en medio de un paisaje desolado y abrasador. Allí yació el animal, listo para el sacrificio sobre un altar de tierra oscura. El sol sería el sumo sacerdote, armado con su lanceta de luz.

Fue una muerte agónica pero deseada. Mas como premio a lo inútil de su sufrimiento, su frágil cuerpo quedó perfectamente impreso en aquel barro seco, convirtiéndose, con el paso de los siglos, en un bello fósil de anfibio anuro, eslabón entre la rana muscosa y una nueva especie, capaz de sobrevivir durante años enterrada bajo el fango seco, esperando un agua milagrosa que la resucite como diciéndole:

¡levántate y anda!



ENNUI

Un relato de Álvaro GUIJARRO GARCÍA

Ahora sé que no es así, que Johnny persigue en vez de ser perseguido, que todo lo que le esta ocurriendo en la vida son azares del cazador y no del animal acosado.

“El Perseguidor”, Julio Cortázar

No hago más que oír eso, que la soledad no tiene palabras y que desde que alguien nos dejó aquí no nos ha quedado otra que aprender a aprender cómo aprender. Sobre esto debo decir que no es lo que yo entiendo, es lo que es, como un pájaro es un pájaro o un espejo es un espejo, y hasta infinitos en este último caso. No puedo dejar de ser así de tajante en este aspecto por el hecho de que haya algunas personas a las que les sea completamente imposible gozar de la finitud y, aunque no sean ni mucho menos los más, quisiera advertirles -si es que algo ha hecho a alguno de ellos levantar sus ojos tristes para venir aquí-, de que en esta nota no encontrarán ni un pedazo de cielo. Considero este aviso fundamental, de no ser así no hubiese gastado tiempo en aclararlo. Con todo, el motivo principal de que diga esto no es otro que mi temor personal a que alguna de esas “algunas personas” ritualice estas palabras, infundiendo en ellas un sentido que no tienen ni pretenden tener, temor que por otro lado se hace aun más grande tras haberme prometido no borrar ni una sola palabra de lo que escriba aquí, así como tampoco arrugar el papel una vez lo manche hasta hacer de él algo inservible como siempre hago después de intentar ponerme a esto. Ahora, por ejemplo, hubiese preferido no decir “ritualizar”, porque sé que basta que alguna de esas personas lea esto para empeñarse en hacerlo por puro exceso. Sobra decir, porque es algo que todos sabemos -al menos los que no somos como ellos-, que esas personas lo ensucian siempre todo. Desahucian constantemente la realidad gracias a esa facilidad luminosa que tienen que les permite levantar estadios de metáforas en torno a un simple trozo de madera o una cierta parte del día y aun con eso respirar tranquilas, sin preocuparse en absoluto por lo que eso supone. Por ejemplo, imagino a uno de ellos escribiendo cada una de las frases de este trozo de nada por separado en diferentes trozos de papel -cuidadosamente doblados de igual manera- con la intención de después mezclarlos aleatoriamente para dar luz a un nuevo texto tras haber atendido a la estructura integral de este y haber percibido -inmediatamente- que el uso de oraciones directas resultaría idóneo para un juego de intercambio de sentidos, que podría otorgar al escrito una dimensión sorprendente: u otro, que desde el principio del todo se propondría leerlo una sola vez por esa idea absurda que no se le va de la cabeza de que solo y solo desde la efimeridad (si es que este lugar existe) las cosas cobran sentido, y está tan convencido de que esto es así que no ha podido llorar dos veces con una misma película, ni ninguna, por como de obligado se siente en cada primera y última vista a estar atento a los detalles para eternizarlos. Es justo esto lo que no quiero: una servilleta sucia escrita por los dos lados, pintura acrílica en la piel. A lo que me refiero -y lo dejo porque no es de esto de lo que quería hablar (además de que me



asusta ver como basta invocarles un segundo para que a uno se le llene la boca de culebras: “servilleta sucia por los dos lados”, “pintura acrílica en la piel” o incluso “boca de culebras”)- es a que esas personas no tienen la culpa de nada, porque es evidente que no son como nosotros, y con “nosotros” me refiero no tan solo a la mayoría, sino a casi todos). En este sentido esos dos ejemplos de ahí arriba son prueba de esto que digo, por como se intuye en ellos el intento de algo, de resultar ingeniosos, en este caso (igualmente mi “juramento” de no eliminar nada, típico). Y ellos no tienen nada que ver con esto, ellos hacen, directamente. No hay intermediación alguna en todo lo que piensan o sienten. Ellos no “atrapan” los pensamientos, como se suele decir, porque o bien estos ya están en ellos o bien -no se cómo- se les caen encima. Creo que este hecho, el de la falta de intermediación, es una de las razones principales de que su naturalidad resulte así de violenta. Yo, por ejemplo, -y ya entiendo que entrando yo dejaré por completo a un lado la idea inicial de esta nota, que ya casi ni recuerdo-, acepto quién soy, a qué grupo de personas pertenezco. “Acepto” quiere decir aquí que sé que para mí será imposible hoy y nunca poder saborear a una mujer como ellos lo harán, o tener claro que por mucho que intente hablar de algo de una forma bella, mis adjetivos quedarán como pobres adornos al lado de sus brillantes ornamentos. Y digo “acepto” una vez más porque aunque no a todos lo que he escrito ahí arriba les provoque algún problema -como es mi caso-, hay otros muchos a los que sí. Yo he conocido algunos y puedo afirmar que esto es cierto. Con “he conocido” me refiero a que me cansé pronto de sus profundas confusiones y sus altos síntomas de abstracción. Esas personas, en vez de decir: “está bien, en este mundo algunos están obligados a vivir entre la maleza de su bosque gris”, se tranquilizan diciendo: “pronto llegará el invierno y se enfriarán todas las gargantas por igual”, al mismo tiempo que se creen capaces de decidir ser de esta u otra manera y considerar que esa decisión les pertenece, como si no pudiesen entender que en el hecho mismo de ese planteamiento están negando el resultado que ansían al bajar sus pensamientos al suelo, al arrastrarlos a la vez que los alejan del cielo llenándolos de puentes y sucias redes de alcantarillado -no debería estar diciendo esto, y menos de esta manera- que lo único que consiguen es acabar instantáneamente con la posibilidad de hacerse con el vuelo

de luz que esos “algunos otros” guardan como su propio lenguaje y que es suyo y solo suyo porque esa es la única manera de que los que lloran sigan haciéndolo y a los que les reclama la noche sin ningún pretexto todavía acepten -ciegos- la invitación de esa otra manera de morir que es lenta y se esconde desnuda entre los trapos del tiempo, gritando agua clara en vez de niebla, pidiendo que deje de haber nadie para haber alguien y por fin se eleve la hondonada hasta el nivel de los pies curando la venida de las aves enfermas ahora que el cielo ya no significa nada, ahora que volar es sinónimo de antónimo y hablar por todos es entendido por fin como la manera más sincera de verter puñados de hormigas rojas en los pulmones y al respirar respirar hormigas vacías de aire ya que nadie elige su nombre. No sé qué me pasa, no me reconozco. Yo soy yo y no otros. Eso solo lo pueden hacer algunos. Eso solo pueden hacerlo otros. Pero yo no soy como ellos. ¿Qué estoy haciendo?

UTOPIA DESTRUIDA

un relato de Javier VALLADOLID

Lentamente caminaba entre las dunas. Era de noche pero la claridad, próximo el amanecer, no tardaría en aparecer. Hacía mucho que había esperado ese momento. Era un niño cuando aquello ocurrió y ahora, entrado en años, vería la oportunidad de llevar a cabo su venganza.

Mucho tiempo atrás tuvo suerte de sobrevivir, aunque el dolor le otorgó eterno tormento. Todo el poder iba a ser suyo, no hubiera tenido que alabar a un dios visible ya que él iba a ser uno de ellos, pero, en vez de eso, había tenido que ocultarse entre los mercaderes que recorrían el Nilo.

Tras una vida que no tenía que vivir, sin poder llevar a cabo su venganza, las riquezas y su lugar en la historia le habían sido arrebatadas y el sepulcro de su difunto padre profanado, impidiendo su viaje afortunado a la otra vida. Sólo le quedaba de él una daga con

una empuñadura de oro, sus recuerdos y la lealtad de un sirviente ya anciano que le había salvado la vida durante el suceso.

Ahora ya no le importaba desatar la ira de los dioses ni que le esperara ser comido por el cocodrilo sagrado cuando, tras su muerte, fuera conducido por Anubis a los infiernos, donde recibiría un juicio en que su corazón pesaría más que la pluma. Como no podía acabar con su vida física, arrebatada en una refriega con los nubios, aprovecharía esta nueva oportunidad, aunque probablemente no seguiría con vida mucho tiempo después de lograr su objetivo.

Aún recordaba lo que pensaba hacer cuando llegara al poder. Ya no tenía esa opción sin medios para derrocar al hijo de este pero de niño, con esa posibilidad en potencia, soñaba con ser tan buen gobernante como su padre y hacer lo que él no había hecho. Con el tiempo había descubierto que su padre gobernó con mano de hierro pero tardó aún algún tiempo en dejar de lado en su cabeza esa sociedad ideal que imaginaba:

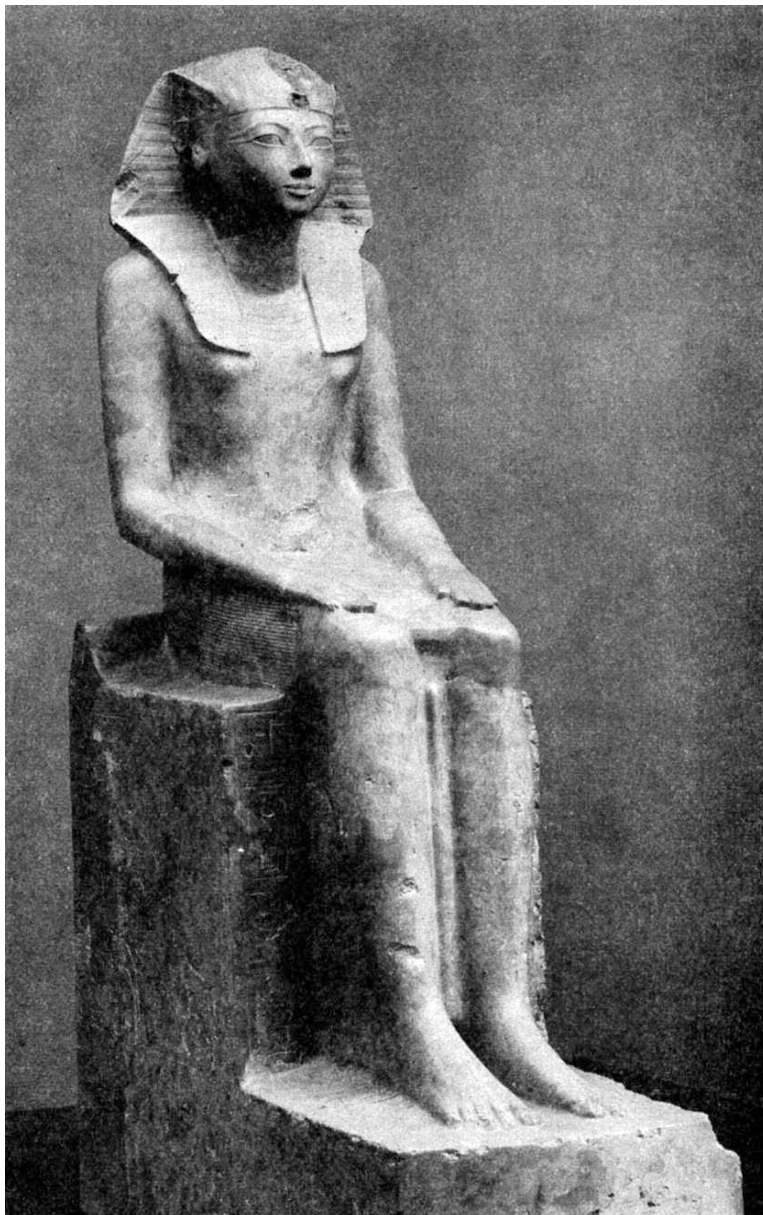
En ella, el gobernante repartiría la mitad de sus riquezas con el pueblo. La escritura jeroglífica sería impartida a todos los que quisieran aprenderla independientemente de su oficio o rango social. La labor del campesino sería tan importante y digna como la del Emir y las de los oficios entre ambos. El sistema de justicia sería digno del mismo Mut. Los enemigos serían pacificados por medio del diálogo en una serie de tratados. Todos los

ciudadanos podrían acceder incluso a los rincones más ocultos del templo. El gobernante, como dios, tendría el poder supremo así como el deber de honrar a los otros dioses y escuchar a un consejo cuyos miembros serían de todas las clases sociales que expresarían las necesidades del pueblo. La jerarquía sería por necesidad y no por superioridad o inferioridad de unos sobre otros salvo la divinización del gobernante. Y sería una sociedad próspera y libre según unas leyes escritas que respetasen las eternas leyes de justicia de Mut; establecidas por el gobernante.

Pensando en esto, se aproximó hacia el peristilo del templo y allí se encontró con su amigo Himhotep; quien era escriba. Le contó a éste lo que acabo de contar para que lo guardara para la posteridad. Himhotep se marchó mientras iba amaneciendo.

Dejando atrás los obeliscos y avenidas de esfinges, en un viaje al desierto, Himhotep recordó la fascinante Utopía de su amigo, siendo comparable actualmente al sueño de Alejandro Magno o la sociedad Utópica de Platón, pero aún más interesante. Himhotep no volvió a saber de su amigo o por lo menos no dejó constancia de ello en sus escritos, que acabaron en la biblioteca de Alejandría.

Historia prehelénica. Temistokes, aprendiz de historiador.



DOS MICRORRELATOS

de Matías CANDEIRA

Él

Fue un incordio que se presentara en mitad de la cena, aún respirando pesadamente, dejando esos regueros de tierra por todo el salón. En fin, manchándolo todo. Por lo visto le habíamos enterrado mal. Venía a quejarse. Antes de golpearle en la cabeza (y por supuesto, atarle bien en esta ocasión) dejamos que se sentara con nosotros y tomara un plato de sopa. La verdad, nos pareció que se lo había ganado.

Una voz en el umbral

Llevo imitando, desde hace algún tiempo, la voz de mi padre. Ahora llevo a

pronunciarlo todo con ese arrastre metálico de sus eses; como un fantasma, o un espía al otro lado de un teléfono sospechosamente intervenido. Sus eses, bajo mi paladar, moviéndose despacio en mi boca. Dios mío, a veces me cuesta diferenciarlas de mi propia voz. Si me lo pide el cuerpo, en mitad de la noche llamo con su acento del sur a los teléfonos eróticos. Les digo a esas mujeres que se quiten la ropa. Les ordeno que se toquen todo el cuerpo para mí; que me describan, lentamente, su forma de hacerlo. O puedo llegar —y nadie sabe lo terrible que es, nadie lo sabe— a emular su tono de tenor en la ducha. Canto sus óperas, sus malditas óperas, hasta la última nota que me queda en el cuerpo. Pero lo peor es que a veces no puedo remediarlo, y marco el número de sus antiguos amigos. Algunos llegan a balbucear, como si tuvieran vidrios dentro de la piel, y la mayoría de las veces no tardan en colgar el teléfono.

Madre es la única que siempre se queda respirando un buen rato al otro lado de la línea.

—¿Cómo has podido? —dice.

Y sé que nunca llegará a perdonarme.

LA DONCELLA
DE LAS RANITAS
AMARILLAS
de Achille MAHOP
MA MAHOP

Conozco a una doncella esbelta, de largas trenzas y ademanes casi imperceptibles. Con ella comparto un cuarto, y acaso un par de secretos. Habla el idioma de los caracoles marinos y le gustan la lluvia, el mar, y los sueños poblados de murciélagos. Ayer me contó uno de sus extraños secretos. No me lo contó como tú y yo, cuando le abrimos a alguno el claustro de nuestras almas. Mi misteriosa compañera me enseñó riendo, en un hueco de la ventana, pálida, fresca, amarillenta y agazapada, una bonita ranita dorada, visiblemente humedecida por la fresca noche de Bafu. Cuando quise ahuyentar esta intrusa pacífica de su improvisado refugio, mi compañera me apartó con un gesto violento, casi virilmente. Luego, con una risa alta y repentina, me explicó: "ésta es la ranita de las mujeres recién preñadas."

CONFUSIÓN DE LA VERDAD

Un error de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

No -asintió-.

CASO ABIERTO

otro relato de Achille MAHOP MA MAHOP

Desperté de repente. Algo acababa de ocurrir que nadie iba a creer. Lo peor es que, aun fingiendo, yo no lograba convencerme de que aquello había sido un sueño. Por el contrario, mi angustia fue creciendo a medida que se hacía implacable la certeza de que aquello era una de las caras escondidas de la realidad. Realidad. Palabra pérfida y esquiva, proteica e hipócrita. El sudor que empapaba mi cama me resultaba molesto, no por la incomodidad sino porque confirmaba mis temores. Todo encajaba con una clarividencia espantosa. Permanecí en la doble oscuridad, la de mis ojos cerrados, reclusos de lo que verían al abrirse, y la de la propia habitación nocturna. Faltaba una pieza del puzzle, algo que tardé en percibir, y que se me impuso repentinamente: mi mano derecha. Con horror acababa de darme cuenta de que los dedos de mi mano derecha guardaban una sustancia pegajosa y aceitosa. Desde que desperté, había estado frotando maquinalmente el pulgar contra los restantes dedos sin que mi cerebro interpretara adecuadamente aquellos estímulos. Todo se esclareció como un rayo: mi mano derecha conservaba aún residuos de aceite del pepe soup que había comido en aquel sueño tan real que me olvidé de lavarme las manos. Me quedé paralizado de estupor en la cama, incapaz de ordenar mis pensamientos. Se me secó la garganta y no pude mover los labios para gritar y hasta mi aliento se hizo penoso. Como aún no cantaban los gallos y Mundemba, mi mujer, seguía roncando apaciblemente a mi lado, concluí que era la una y media de la madrugada. A pesar de los calambres del estupor, logré acercar la mano a la nariz: olía indiscutiblemente a pepe soup. No recordaba sin embargo haber comido pepe soup en toda la semana; anoche Mundemba y yo habíamos cenado con maíz y frutas silvestres. ¿De dónde traía pues esa mano sucia y olorosa. Al amanecer, decidí no contarle nada a Mundemba. Llegó la noche y al apagar la luz y acostarnos, mi mujer me dijo en un extraño suspiro: “mañana te haré un pepe soup tan rico que te quitará todo deseo de limpiarte las manos tras probarlo”. Paralizado de estupor, casi sin aliento, busqué en vano la expresión de su rostro en la oscuridad. Como siempre, ella ya dormía como una piedra. Por la enésima vez del día, me acerqué la mano a la nariz.



EL NACIMIENTO DE MI MADRE

un relato de Mari Cruz DEL MANZANO

Abenojar, pueblo donde mi madre nació, es cuna de escenas verdaderamente surrealistas. Para empezar, ya la llegada al mundo de la citada señora tuvo su guasa.

Allá por el año mil novecientos cincuenta, en un pueblo de rojos silenciados por Paquito el Vencedor, reinaba en la familia de los ricos del pueblo y por consiguiente, de lo más facha, un matriarcado más absolutista que el régimen del Absoluto Don Paco. Y esto es cosa ya muy extraña por los tiempos y el lugar donde se dio. Pero es verdad, y yo lo puedo confirmar, pues desde mi tierna infancia he presenciado admirada cómo mi abuela mantenía a su marido mas firme que un velón de procesiones; ciencia tal la de mi abuela Delfina, que seguro no pudo nacer de generación espontánea sino que precisó de largos años de conquista y estruje psicológico, de las mujeres de mi familia hacia sus maridos.

Ya estoy viendo a mi buen abuelo Andrés, joven y rebosando testosterona por cada poro de su piel, soñando con tocarle a lo mejor una tetilla a mi abuela, tan guapa y dotada en ese ámbito, todo hay que decirlo, para suerte o desgracia de mi abuelo. Y a ella, que no sólo no le dejaba satisfacer sus deseos sexuales, sino que, no puedo saber cómo, hizo que mi abuelo tuviese verdadero terror de pensar, simplemente, en realizar sus fantasías.

Finalmente mi abuela ordenó a mi abuelo que contribuyese en el acto reproductivo, cosa a la que mi abuelo obedeció rápidamente y no sin un poco de miedo por lo que pudiera costarle. Y nueve meses más tarde, en la noche del tres de Mayo, día de la Cruz, el retoño parecía querer salir al mundo.

Mi abuela estaba tendida en una de las amplias habitaciones de la casa del pueblo cuya ventana daba al patio. Mi abuelo de aquí para allá calentando agua, quemándose con ella y aguantando los gritos militares de la matrona, mujer que imponía respeto por su lozana corpulencia, pero más aún porque asumió con naturalidad la autoridad que en aquella casa se concedía a todo el que fuera mujer. Mientras tanto los padres de mi abuela y dueños de la casa, mi bisabuela Sofía y su marido, esperaban pacientemente en el salón al calor del brasero.

Pasaban las horas y mi abuela seguía con las contracciones pero nada más, de forma que cuando dieron las once, hora en que ríguosamente se iba uno a rezar y a acostarse, mi bisabuela Sofía, sin más miramientos, se levantó de su sillón y se dirigió a la habitación donde su hija se encontraba diciéndole a la matrona: Me voy a acostar. Si es niña despiérteme usted, haga el favor, si no, ya lo veré mañana. Hasta mañana si Dios quiere.

Este comentario, lejos de sorprender a mi abuelo y a su suegro, que en aquella casa sobrevivían, o de ofenderles por la discriminación que a su género se estaba haciendo, les dio a entender que eran a ellos a quienes les había tocado quedarse sin dormir hasta que Delfina diera a luz.

A las tres de la mañana, viendo que el retoño era una niña, se despertó debidamente a la señora que sintió gran alegría de que fuese mujer su nieta. Y como ésta naciera el día tres de mayo, la llamaron, por gusto de Sofía, María de la Cruz, mi madre.

MICRORRELATO ESCALÉRICO

de Alejandro ROMERO NIETO

La
La venganza
La venganza de
La venganza de mi
La venganza de mi espada
La venganza de mi espada llegará
La venganza de mi espada llegará antes
La venganza de mi espada llegará antes de
La venganza de mi espada llegará antes de que
La venganza de mi espada llegará antes de que me
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón sucio.

N. B.: El ascensor está fuera de servicio, así que agárrate al pasamanos cuando vayas a subir.

DOS MICRORRELATOS MÁS

de Alejandro ROMERO NIETO

Batalla campal

Me sequé el sudor de la frente y continué la lucha. Presentía que la batalla iba a ser larga, pues ninguno de los dos nos íbamos a dar pronto por vencidos. Me arremangué por partida doble y me puse manos a la obra. Sólo podía confiar en mis dedos desnudos y en la fuerza de mis músculos.

Tiré. Tiré con todas mis fuerzas. Fue en vano. Mi enemigo permanecía inmóvil, sin siquiera un rasguño, sin una herida que presagiase mi victoria, allí, delante de mí, mofándose de mis infructuosos intentos de hacer mella en su débil cuerpo. Sí. Podía apreciar su risa socarrona, típica del que sabe sobrado por la vida.

Pero lo que él ignoraba en medio de la vanidad era que yo conocía a la perfección cuál era su punto débil. Y por eso decidí cambiar mi estrategia y centrar toda mi potencia en el flanco por el que yo sabía que en algún momento podría claudicar. Volví a tirar, y en esta ocasión, por fin, logré hacer mella. Una sonrisa de triunfo tiñó mis labios resecos.

Aparté los dedos y la vi: una pequeña fisura, inusitado precursor de victoria, apareció ante mis ojos. Espoleado por la cercanía del objetivo continué tirando, tirando, tirando con todas mis ansias, hasta que por fin logré fragmentar por completo su retaguardia, poco a poco, muy despacito, como se ganan las guerras.

Extenuado, apoyé los brazos sobre la mesa y, jadeante, observé a mi enemigo derrotado. Todo mi ser bulló de satisfacción en aquel momento. Mi oponente, aunque continuaba inmóvil, ya no se reía de mis esfuerzos.

Y es que lo había conseguido. A pesar de los obstáculos que colmaron mi camino, a pesar de las horas de sed y de hambre, a pesar de todo finalmente lo había conseguido.

Había logrado abrir un cartón de leche sin ayuda de las tijeras.

Agítese antes de usar

Había contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Le dijeron que contra eso lo mejor que podía hacer era verse enterita una película de Ingmar Bergman, a poder ser en versión original y sin subtítulos. Es necesario hacer constar que no tenía ni puta idea de sueco.

Así hizo, y desde entonces no pudo dejar de dormir. Dormía en cualquier momento y de cualquier manera: por la mañana, por la tarde, al mediodía, por la noche, durante la hora del bocata, de pie, sentado, a la pata coja, de puntillas... Se quedaba dormido hasta cuando se estaba tirando a su chica. El asunto era de tal gravedad que ni siquiera los chillidos que la dama emitía cuando él se la clavaba, como siempre, con todas sus ganas eran capaces de acabar con su perpetua somnolencia.

Entonces acudí a su médico de cabecera y éste le aconsejó que, para vencer el obstinado sueño, lo mejor que podía hacer era escuchar una sinfonía de Haydn, a ser posible en estéreo, con calidad digital e interpretada por la Filarmonía de Londres. Así hizo, y funcionó. Sólo que ahora era imposible que se quedase dormido siquiera diez minutos, por muy mullido que fuera el colchón que tuviese debajo y por muchos polvos que le echase a su chica cada madrugada.

De modo que, a partir de ese momento, su vida empezó a oscilar entre un alemán y un sueco, su melatonina particular, los únicos que podían proporcionarle un ciclo vital estable al controlar sus rigurosos intervalos de sueño y vigilia. Y entonces fue más feliz que una lombriz.

FIN. (O NO)

TEORÍA ESPECIAL DE LA PROBABILIDAD

de Laura HERRERO OLIVERA

No apunte con la grapadora hacia personas. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de poder grapar su lengua con su ojo, su dedo con su pecho, su pie con su mano, sus dos pechos. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de darle en la cabeza, en la espalda o en su muslo. Ya está pasando la ambulancia, la grapadora no dio en el clavo, dio en el diente, la uña, la muñeca, la falange, troqueló el lóbulo de la oreja. La gran grapadora creyó ser diseñada para la tapicería, para grapar el niño al sillón, la almohada al cuello, la pierna al taburete, no hay que apuntar hacia personas -se avisa- hay que apuntar a la carne y a la tela, y allí juntas se pegan los hilos a las venas.

Amaos unos a otros como yo os he amado, porque hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que os odiéis, os escupáis, os empujéis, os encaréis y os repugnen las grapadoras que no han de apuntar a las personas. No abrir la ventana del tren, no tirar botellas por ella, no acercarse a la Gioconda, ni al punto peligroso del andén que crea el vacío, no fotografiar más allá de la frontera, no cantar ni bostezar en clase. El imperativo negativo niega un cincuenta por ciento de la realidad, el hemisferio norte se sube sobre el sur y le prohíbe escupir en público, y al negarlo también lo crea. El imperativo afirmativo afirma las dos partes de la realidad, la que ha de imperar y la que todavía impera, el amor que nos exige y el odio que supone, y al afirmarlas una risa de fondo las destruye.

Me hicieron creer en las probabilidades, que se escaparon con productos y cocientes entre las manos, ¿Cuántas veces antes se había dado? ¿Cuántas veces no se dio? El día que se inventó el verbo sortear y el bombeo del corazón que lo acompaña un dios murió, se había probado la necesidad matemática de su existencia. El lugar de las matemáticas donde hay que tener en cuenta el futuro y el pasado, a los demás y cuántos fueron, cómo y cuándo murieron, es, como sus elementos,

la más mentirosa. Las lenguas la niegan porque las probabilidades son siempre las mismas, puedes venir o quedarte, puede que sí o puede que no, pero ni vienes al 30 % ni te escapas al 47, o eres feo o eres bueno, o te odian o te aman.

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

de Alicia GALLEGO ZARZOSA

Se arrepintió de haber cortado su larguísima melena, que rozaba la cintura, hasta dejarla a medio camino entre las orejas y los hombros. “Ojalá”, se dijo, “me durmiera y, al despertar, volviera a tener el pelo largo”.

Su deseo se cumplió: el accidente la sumió en el coma dos años.

